

La idea del Imperio Romano en Enrique IV de Castilla

El Imperio Romano se extendió por todo el orbe cultural de la edad antigua incorporando, a una grandiosa fórmula política, los más distantes hogares del mundo entonces conocido. Roma fué el resultado de un proceso de incorporación, como dijo Mommsen y renueva Ortega y Gasset. Primero es sólo el Palatino; después es la incorporación del Quirinal; luego la asimilación de la confederación latina; más tarde, en cortas campañas, realiza la unidad itálica, y por último, la conquista de las cuencas—occidental y oriental—del Mediterráneo le da el dominio del mundo. Conjuntando así un vasto territorio, sin límite espacial alguno, ha superado el Estado, pero no ha constituido un Imperio, puesto que le falta la realización necesaria de valores culturales y éticos. Es sólo una reunión de pueblos dominados por una sola nación.

La enorme extensión que alcanzó el poderío romano le creó un grave problema: la desigualdad existente entre la constitución republicana que le había servido para el territorio itálico y la gran cantidad de países posteriormente conquistados. Se le había ya planteado un problema interior, el problema social, que quisieron solucionar con sus intentos de reforma los Gracos, Mario, Sila, Catilina y Pompeyo, sin que se lograra encontrar una solución pacífica a gusto de todos. El problema exterior intenta resolverlo el Senado con el abandono de la política de conquistas, sin la altura de miras necesaria para comprender la ocasión propicia que se les presentaba para la creación del Imperio. Sólo se piensa en la Urbe, en las luchas sociales entre patricios, caballeros y plebeyos.

Frente al Senado, surge la visión certera, la clara idea política de César, que sólo piensa en la salvación de Roma por encima del particularismo romano. Siente que la única solución, el único medio de conservar lo ganado, es hacer nuevas conquistas con objeto de consolidar las anteriores y que para ello es necesario interesar a los pueblos conquistados en la obra de Roma, buscar una activa colaboración entre las provincias y la Urbe dominadora. Colaboración que más adelante deberá convertirse en una política común y con ella aportará a Roma sangre nueva y vigorosa, nuevas ideas y la fuerza que les dará la unión. Con las cuales, Roma creará su Imperio como etapa final de la cultura antigua, que traerá la paz a todo el ámbito romano.

Esta idea, surgida en Cádiz, en la Bética, ante una provincia que cada día se siente más romana, hace comprender a César que es certera, que Roma, después que haya dado su alfabeto, su lengua y su anhelo de Imperio, cuando estén ya formadas y civilizadas las provincias—convertidas en naciones—serán



éstas las que la salvarán y con ella la herencia eterna de la cultura antigua. Y que más que otra alguna, serán las provincias de Occidente, y en particular Hispania, las que antes asimilarán sus ideas y colaborarán en la creación del Imperio y además servirán de contrapeso al mundo oriental helenístico que amenazaba con su vieja cultura la absorción de Roma. Para ello César busca colaboradores y los encuentra en la misma Cádiz, en los Balbos; uno, el tío, será el primer provincial que ocupe el cargo de Cónsul (40 a. d. C.), el que será su privado íntimo, le acompañará en la guerra de las Galias y por él ejercerá poderes extraordinarios de paz y de guerra en Roma; el otro, Balbo, el que habla Strabón, Cónsul en el año 32, obtendrá, también primer provincial, los honores del triunfo por sus victorias en Africa (19 a. d. C.). Pronto los hispánicos que sienten la idea de Imperio serán legión, y empezarán, por medio de la literatura, armas, política e incluso con el cristianismo lo que se ha llamado la hispanización de Roma.

Los provinciales sienten el Imperio quizá con más ardor que Roma, y son ellos los que sintiéndose romanos ensancharon constantemente el ámbito del Imperio. Sienten, piensan y aman como romanos; no existe ya nacionalidad, puesto que la obra de los gobernadores provinciales ha mermado las prerrogativas que tenía Roma, han separado la recaudación de las provincias de Roma; Adriano provincializa el ejército; Caracalla concede la ciudadanía romana a todo el Imperio; se somete a Roma a tributo, el mismo que impuso a Hispania Augusto el año 38 antes de Cristo, y Diocleciano, al dividir el Imperio en dos porciones, arranca la capitalidad del Imperio a Roma y ni siquiera le cabe el quedar como capital de la parte occidental. El Imperio se ha orientado como temía César, porque el ciudadano nacido en Roma vivía en la ociosidad más estéril que se pueda pensarse. Roma ha sido vencida por las provincias, provincias que se sienten más romanas que la propia Roma, porque Roma no ha sabido evolucionar al compás del espacio y del tiempo.

El último emperador español, Teodosio, que vive y siente universalidad como todos los hispánicos, crea ya en el último trance, en las postrimerías del Imperio, el verdadero Imperio, el que a su expansión territorial ilimitada, a su proyección sobre el espacio, añade la aspiración a realizar valores humanos universales, al proclamar y obligar—caso excepcional—a la profesión de la fe católica a todo el Imperio territorial, no con la ficticia conversión política de un Constantino, que lo hace obligado al sentir escapársele el Imperio, sino como creyente acérrimo que no pierde su dignidad imperial al humillarse ante San Ambrosio, con lo cual da una eticidad necesaria a todo el Imperio que intente ser universal en el orden de ideales y valores eternos.

Este sentimiento de Imperio sobrevivió en todas las épocas, comprendido por pocos, sentido por los menos, sólo aspirado en su generalidad como idea de dominio, no de colaboración. Es un rey castellano, sin ideas imperiales, tachado de simple, el que comprende en su esencia la idea de César, la idea de Imperio, y que igualmente ve con claridad los motivos de su caída, los cuales le sirven de ejemplo para presentar a sus súbditos los males en que se puede caer en caso de seguir tal línea de conducta.

Enrique IV de Castilla, en el primer año de su reinado, a principios de 1455, quince siglos más tarde que César soñara con el Imperio, reúne a lo más granado de la nobleza de su reino con objeto de pedir subsidios y tropas para realizar su primera entrada en el reino granadino, siguiendo el camino que sus an-



tepasados en el trono le trazaran, y que hacía ya bastante tiempo que no se llevaba a efecto con el ímpetu que era necesario. Entonces les dice:

«Ver en los varones romanos, que mientras se trabajaron en el oficio de la monarchía y la guerra que hazian a los que moravan en los fines de la tierra, tenian pacífica su ciudad, tanto, que multiplicando con victorias el bien della la sostuvieron en grandeza, como es cierto que ninguna cosa conserva mas la posesion de lo ganado que lo que se adquiere de nuevo. Pero despues que a los deleites y ociosidad se dieron, y despues que dejaron el uso de las armas que ganando tierras y fama tenian con los estraños, ya se save que perdieron el señorio universal del mundo y que el ocio causo entre ellos mismos enemistad y batallas ceviles y vinieron a ser sujetos de los que antes avian sido señores».

Muestra con ello Enrique IV su clara intuición política, su comprensión ante los problemas planteados y sus conocimientos históricos. La Historia le sirve, como a todos, de maestra de la vida para una certera explicación de los hechos históricos, de trayectoria y ejemplo a seguir.

No fué este monarca el degenerado que se han empeñado en presentar numerosos aficionados y algunos historiadores al recoger especies de cronistas puestos a sueldo de otros reyes, que no dudaron, como la mayor parte de los biógrafos, en deshorrar la memoria de todo un reinado con objeto de que el siguiente destaque con mayores destellos.

El vacío creado alrededor de la figura de Enrique IV no es necesario para el encumbramiento de los Reyes Católicos; a éstos, su obra de por sí les basta. Tuvo D. Enrique atisbos políticos lo suficientemente grandiosos para ser elogiados en otros monarcas con mayores alabanzas, pero como fueron mayores los desaciertos, debidos a su falta de energía para cortar en el momento preciso los primeros desmanes de la levantisca nobleza, no se han destacado como debieran. Sólo se observa el conjunto, y el conjunto fué, no hay porqué negarlo, de lo más anárquico del medievo castellano; en cambio, los detalles prometedores, los principios espléndidos y los indicios de algunos hechos, nos lo muestran como monarca de certera intuición política.

Esta comprensión de la idealidad imperial del orbe romano quizá fuera lección aprendida de los legistas componentes de su Consejo de Estado, muy enterados del derecho romano desde la publicación de las Partidas. El paralelismo existente entre las palabras del monarca castellano y la idea de César es innegable. Indica las causas de la creación y de la caída del Imperio y no hay que dudar que verdaderamente el modo de conservar lo ganado es haciendo nuevas conquistas, lo mismo que la caída del Imperio fué debido al postrado espíritu romano—del nacido en Roma—con el abandono total que hicieron de los asuntos políticos, cuando al dejar de existir el Senado como órgano rector, no encontraron la energía suficiente para actuar individualmente. Si destacaron en conjunto, fracasaron cuando tuvieron que hacer frente a los grandiosos y continuos problemas que se presentaron a aquel Imperio jamás igualado. Tuvieron que ser los provinciales los que sostuvieran por siglos aquella obra y los que dieran nuevos impulsos y orientaciones al gobierno imperial.

Esta lección que sirvió a Enrique IV para estimular a sus vasallos e indicarles el peligro a que podían llegar, no la aprovechó el mismo monarca cuando, entregando el poder en manos indignas, abandonó los destinos de una España que quería ser y que estaba en los primeros pasos de su camino imperial.

J. T. F.

